

UNA PEQUEÑA (E INTERMINABLE) GUERRA FRÍA

Las Obsesiones Norteamericanas. La obsesión es una idea o impulso del cual no es posible escapar. Las obsesiones se presentan a nivel personal, de grupo o nacional. Ahora bien, pocas cosas pueden resultar más incómodas para un país que quedar atrapado en las redes de las obsesiones de una gran potencia; desafortunadamente, eso es justamente a lo que le ha pasado y le sigue pasando a México con respecto a Estados Unidos.

Desde el momento mismo en que ganó su independencia, México debió de enfrentar algunas ideas fijas de la sociedad norteamericana. Se trató del llamado "Destino Manifiesto", es decir de la idea de que había dispuesto por la providencia que los norteamericanos se hicieran cargo de nuestro continente. El término fue acuñado en 1845, pero su contenido está en los orígenes mismos de los Estados Unidos y no ha desaparecido.

A partir de la guerra de 1846-1847 -hecha en nombre de ese "Destino Manifiesto"- México ha tenido que seguir librando con su cada vez más poderoso vecino del sur, una peculiar guerra fría -lucha sorda, enconada, entre proyectos nacionales antagónicos-, que ha tenido momentos de tregua y otros donde amenazó con volverse caliente: en 1853 como presión para adquirir La Mesilla, en los años 60 y 70 del siglo pasado para solucionar problemas fronterizos, y entre 1911 y 1927, como

resultado de la guerra civil mexicana y del nacionalismo revolucionario.

Con el Tratado de Libre Comercio (TLC) de 1993, se consideró que tras siglo y medio de esta pequeña y casi privada guerra fría había llegado a su fin. En efecto, cuando la élite política mexicana encabezada por Carlos Salinas decidió que la única forma de salvar su futuro era unir el proyecto nacional mexicano al norteamericano, y con ello se creyó que el antagonismo estructural entre los intereses de la gran potencia y su vecino del sur era historia superada. Desafortunadamente, lo que está ocurriendo ahora demuestra que ese no fue el caso, pues la batalla continúa y en varios frentes. Algunos de estos choques son producto directo de, o complicados por, las actuales obsesiones de Estados Unidos.

Cuba, un Problema Crónico. Las obsesiones norteamericanas de hoy ya no incluyen a la Unión Soviética, pues esta simplemente se autodestruyó. Sin embargo, el anticomunismo norteamericano no ha muerto del todo, y uno de sus remanentes es precisamente la obsesión de la clase política norteamericana con Cuba y con Fidel Castro, hecho que indirectamente afecta a México.

La historia de la política exterior de Washington ofrece los elementos para sostener que ese antagonismo cubano-norteamericano no obedece al supuesto rechazo del gobierno de Washington a los sistemas antidemocráticos, pues en nombre del anticomunismo la Casa Blanca toleró, alentó, protegió e incluso fomentó gobiernos y regímenes no democráticos a lo largo y

ancho del mundo subdesarrollado. No, Cuba y Fidel Castro obsesionan a ciertos políticos de Estados Unidos porque a lo largo de 35 años han desafiado y con éxito al poderío norteamericano.

Desde los años sesenta, México y su principio de no intervención se vieron atrapados en la pinza del activismo revolucionario cubano y del anticomunismo norteamericano. Tras la desaparición de la URSS, el declinar de los movimientos guerrilleros de inspiración cubana en América Latina, y la pérdida de importancia para el gobierno de México del principio de no intervención, se pensó que es largo capítulo del conflicto mexicano-norteamericano motivado por el caso cubano había terminado. Pero no fue así, el derribo por parte de la fuerza aérea cubana de dos avionetas de anticastristas en espacio aéreo internacional o cubano, según las versiones opuestas, motivó la entrada en vigor en marzo de este año de la llamada "Ley Helms-Burton" y México, en contra de la voluntad de su gobierno, se vio obligado a reabrir el frente cubano en su pugna con el norte.

Como se sabe, con su ley -que por razones electorales, el presidente Clinton aceptó-, los legisladores norteamericanos Helms y Burton, buscaron usar el poderío de la única gran potencia que queda para obligar a la comunidad internacional a dejar de invertir en la Cuba de Castro, so pena a que se acuse en tribunales norteamericanos de beneficiarios con bienes que

hace más de tres decenios les fueron apropiados por el gobierno cubano a ciudadanos y compañías de Estados Unidos.

El gobierno mexicano se ha visto obligado a rechazar los términos de la ley Helms-Burton por, al menos, dos razones. En primer lugar porque crea serios obstáculos a ciertos empresarios mexicanos para que continúen varios proyectos de inversión ya iniciados en Cuba y valuados en millones de dólares. Irónicamente, fue el propio gobierno salinista, tan cercano a Washington, el que alentó algunas de las inversiones hoy amenazadas. Por otro lado, al imponer la extraterritorialidad de sus leyes, Estados Unidos crea un precedente que puede usarse en el futuro contra México. Es por ello que el gobierno de Ernesto Zedillo, pese a su enorme debilidad y dependencia financiera respecto de Estados Unidos y a su poca simpatía por Fidel Castro y su proyecto, encabezó la ofensiva contra la ley Helms-Burton en la OEA, hecho que tomó por sorpresa a la representación norteamericana en ese organismo y logró la condena hemisférica de la ley. Esta por verse si nuestro país se atreve a dar el otro paso: dar forma a una ley antídoto, como la que está en la mente de los europeos, para que se tomen represalias contra las empresas norteamericanas que inicien juicios contra las mexicanas al amparo de la ley de los señores Helms y Burton.

Los Indocumentados. Otra obsesión de nuestros vecinos del norte que nos afecta, es su miedo y disgusto frente a los inmigrantes actuales, indocumentados o no, que son predominantemente de

"países no blancos". Ese rechazo se cubre con el manto de la defensa del empleo de los nacionales pese a que la actual no es etapa de desempleo en Estados Unidos, y se expresa lo mismo en la formación de grupos de "vigilantes" y "milicias" de supremacistas blancos, que en nuevos recursos para la Patrulla Fronteriza o en el proyecto de disminuir hasta casi eliminar la ayuda federal a los inmigrantes legales pobres que hoy la reciben por vejez o invalidez. Esta actitud de dureza contra las minorías, no es, desde luego, exclusiva de los norteamericanos, sino que es ampliamente compartida por muchas otras sociedades del primer mundo. En efecto, los países ricos beneficiados con la nueva concentración global del ingreso, se oponen a que sus habitantes desesperados y emprendedores de la enorme periferia que ellos han contribuido a crear, se cuelen por sus fronteras para, a cambio de un trabajo duro y mal remunerado, recibir algo de la riqueza acumulada en el norte.

Los ganadores en el sistema de capitalismo global, sólo quieren de los países pobres sus mercados, sus altas tasas de interés para el capital especulativo, algunas materias primas y cierta maquila, pero no a sus ciudadanos. Desafortunadamente, el país que hoy envía a Estados Unidos el mayor número de esas personas no deseadas excepto por los explotadores directos de mano de obra barata, es México. De acuerdo con cifras disponibles, 6.2 millones de personas nacidas en México viven hoy en Estados Unidos con o sin documentos (*Reforma*, 16 de junio). Por más esfuerzos que haga, nuestro país no está hoy ni

en un futuro cercano, en posibilidad de detener por la fuerza o con empleos, a aquellos de sus ciudadanos que han decidido afrontar los peligros y las humillaciones necesarias para intentar lograr en Estados Unidos un futuro que México no les ofrece. Así pues, aquí hay un área de pugna con Estados Unidos que no desaparecerá en tanto México no mejore substantivamente en lo económico o Estados Unidos no cambie sus actitudes frente a los inmigrantes de nuestro país, cosa que no va a ocurrir en el futuro cercano.

El Narcotráfico. El crimen y uno de sus supuestos componentes, el tráfico de drogas, es otra de las obsesiones actuales de la sociedad norteamericana y que Washington ha transformado en materia central de política exterior. De nueva cuenta, dada la enorme frontera que México comparte con Estados Unidos -el más grande demandante de drogas prohibidas-, y lo corrupto de nuestro sistema policiaco y de justicia, México se ha convertido en productor importante y punto de escala de las drogas que el mercado de Estados Unidos demanda. Este mercado, según cifras de la *Office of National Drug Control Policy* encabezada por el general Barry McCaffrey, está compuesto básicamente por 3 millones de consumidores habituales, es decir, apenas el 1.1 por ciento de la población total de Estados Unidos, aunque hay otros 9 millones de consumidores ocasionales.

Pese a que los drogadictos "duros" son una fracción muy pequeña de la población norteamericana, y a que las muertes por

tabaco son cuatro veces mayores que las producidas por sobredosis de drogas (473 mil contra cien mil al año), la gran mayoría de los estadounidenses rechazan la única medida que pudiera poner fina a la liga entre drogas y crimen: su legalización y control, justamente como el tabaco y el alcohol. Es por ello que México en general y su gobierno en particular, están colocados como Colombia, en medio del camino por donde transitan las obsesiones norteamericanas en esta materia. En una encuesta hecha en 1995 en Estados Unidos sobre política exterior, el 85 por ciento de las respuestas colocaron como el objetivo número uno de su política externa, "detener el flujo de narcóticos".

Dejemos por un momento de lado el terrible efecto que sobre nuestras ya de por si débiles y corruptas instituciones políticas y económicas tiene y seguirá teniendo el narcotráfico, y fijemos la vista en la presión que esa prioridad social norteamericana ejerce sobre nuestra política y soberanía. El ejemplo más reciente de lo anterior, lo tenemos en la aprobación del 25 de julio por parte del Senado norteamericano de una enmienda a la Ley de Operaciones Externas, que negaría a México en marzo de 1997 la "certificación de colaborador en la lucha contra el narcotráfico, si antes las autoridades mexicanas no capturan y extraditan a Estados Unidos a los diez narcotraficantes mexicanos más importantes a los que se les han formulado cargos en las cortes norteamericanas (*El Financiero*, 26 y 27 de

julio). Por el momento, el presidente Clinton se opone a esa legislación, pero los signos apuntan a que México bien podría encontrarse pronto en una posición no muy distinta de la colombiana.

En fin, y para concluir, pese al TLC y como resultado de las obsesiones del norte, nuestra pequeña guerra fría con el vecino al otro lado del Bravo, continúa. Desafortunadamente, nuestra capacidad de defensa es menor que en el pasado, y por ello una soberanía que ya era relativa, hoy lo es más.